40
J 971

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

LA CONSOLA Y EL ESPEJO.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*

D. José Cuesta, *calle Mayor.*

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.
1857.

CATÁLOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio.
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos estan locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

Los hijos de la noche.
Unos llevan la fama...
Las Indias en la córte.
Mejor es creer!
Los organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo
La Flor de la maravilla
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Drende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embaiador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos...
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Principe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil
María y Felipe.

EN UN ACTO.

Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los preciosos ridiculos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del Dos de Mayo.
Cuerdos y locos.

LA CONSOLA Y EL ESPEJO.

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS

POR

DON ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

SEGUNDA EDICION.

N.º 202.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1857.

Esta obra es propiedad de DON PABLO AVECILLA que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

PERSONAS.	ACTORES.
CANDIDA.	Sra. Pastor.
BALTASARA . . .	Sra. Lopez. (D.ª Josefa.)
INÉS.	Sra. Lopez (D.ª Inocencia.)
DON ANTONIO.. . .	Sr. Vivancos.
DON DIEGO.. . . .	Sr. Lavalle.
ALEJANDRO. . . .	Sr. Serra.
ROSQUETE.. . . .	Sr. Pardiñas.
VENTURA.	Sr. Pasca.
PORTERO.	Sr. Sobrado.

Serenos.—Mozos de cordel.

La accion pasa en Madrid año de 184.....

Febrero 1863

J. Dinas

ACTO PRIMERO.

Sala medianamente adornada. A la derecha, en primer término, una puerta que guia á las habitaciones interiores de la casa; en segundo término, una puerta que conduce á una alcoba. A la izquierda otra puerta para salir á la calle. De frente una consola embutida en la pared, sobre la cual se apoya un espejo grande; y estas dos piezas estarán unidas de modo, que puedan girar á un tiempo y hacer oficio de puerta, que dé paso á un gabinete sin salida.

ESCENA PRIMERA.

CÁNDIDA.—DIEGO.—*Este aparece escribiendo, aquella de pié al lado de la mesa.*

DIEGO. En vano te obstinas, querida esposa; mi resolucion está tomada y jamás accederé á tu loca pretension. Ya basta de compromisos.

CANDIDA. Pero, Diego, es posible?

DIEGO. Y tan posible.

CANDIDA. De esa manera respetas los vínculos sagrados que te unen á mi familia?

DIEGO. Cándida, no argumentes, y déjame terminar esta cuenta.

CANDIDA. Eso es una tiranía. Yo no puedo consentir que un miembro de la familia, un sobrino carnal, ande errante y perseguido, sin que sus tios le amparen.

DIEGO. *(Se pone de pié.)* Y es mia la culpa? Por qué es tan tronera? Por qué no se mantiene fiel y subordinado á sus banderas? Quién le manda pronunciarse y acogerse á cualquier bando revolucionario que se pronuncia contra el gobierno constituido? Esa no es la obligacion del militar.

CANDIDA. Discúlpele al menos su juventud.

DIEGO. No es tan jóven: tiene veinte y cinco años y á esa edad se debe tener juicio. Ademas, mi posicion es harto comprometida; hace quince dias que estoy cesante, y aspiro á que vuelvan á emplearme; y si se enteran por cualquier incidente que amparo á un enemigo del gobierno, será eterna mi cesantía.

CANDIDA. No seas egoista.

DIEGO. Eso es lo mismo que decirme: «muérete de hambre.» Bastantes pruebas tengo dadas para desmentir el egoismo que supones. Demasiado te consta que son infinitas las veces que me he visto comprometido por su causa. Por qué no emigra?

CANDIDA. Y tiene recursos para ello? *(Con mimo.)* Vamos, Diego, Dieguito; no abrirás tus puertas á un desgraciado fugitivo?

DIEGO. No me disuaden tus halagos, amada esposa: en mi casa no puede esconderse nuestro sobrino Alejandro. *(Sale Inés.)*

ESCENA II.

CÁNDIDA.—DIEGO.—INÉS.

INES. Señor?

DIEGO. Qué ocurre?

INES. Fuera espera un caballero que dice tiene precision de hablar con usted; añade que usted le ha citado.

DIEGO. Ah! Ya sé quien es; don Antonio. Dile que pase adelante. (*Váse Inés.*)

ESCENA III.

DIEGO.—CÁNDIDA.

DIEGO. Ten la bondad de dejarnos solos, y disimula...
CANDIDA. Por última vez... no accedes?
DIEGO. No; no accedo.
CANDIDA. Qué inhumano eres! No tienes corazon.
DIEGO. Dí lo que se te antoje.
CANDIDA. (*Yéndose.*) Pues yo he de llevar adelante mi plan á pesar de tu inesperada venida.)

ESCENA IV.

DIEGO.—*Luego* ANTONIO.

DIEGO. Aquí se acerca don Antonio.
ANTONIO. Felices, amigo mio.
DIEGO. Bien venido, caballero don Antonio. Hace pocos instantes que me ocupaba en arreglar las cuentas, y el recibo...
ANTONIO. Mucho me agrada esa exactitud. Supongo que hoy mismo podré disponer del cuarto.
DIEGO. Dentro de una hora puede usted venir á ocuparle: yo no falto jamás á mi palabra.
ANTONIO. Disimule usted el recuerdo; pero tengo una esposa demasiado exigente, é ignoro de lo qne sería capaz si no tomára hoy mismo posesion de su nuevo domicilio.
DIEGO. Y qué mujer no es exigente, amigo mio?... En fin, puede usted repasar las cuentas, y hacerse cargo de los muebles. (*Coje las cuentas de la mesa.*)

ANTONIO. Y para qué? Es una operacion que no hay necesidad de repetir.

DIEGO. Como usted guste.

ANTONIO. Ayer lo dejamos todo terminado, y creo que desde entonces no habrá usted variado de parecer.

DIEGO. De ninguna manera.

ANTONIO. En ese caso, sírvase usted tomarse la molestia de pasarse por mi casa, y le entregaré el importe del traspaso.

DIEGO. Dentro de breves instantes seré con usted, señor don Antonio. Quiero antes arreglar cierto negocio para que luego la mudanza se verifique con mas presteza, y quede usted mas pronto complacido.

ANTONIO. Estimo mucho el favor que usted me dispensa. Hasta luego, señor don Diego.

DIEGO. Hasta despues, señor don Antonio.

ESCENA V.

DIEGO.—*Luego* CÁNDIDA.

DIEGO. Ahora, dispongámonos á revelar á Cándida lo que ha estado ignorando tanto tiempo; porque conociendo su genio, y su inclinacion á oponerse á todo cuanto yo determino, no he querido decirle nada hasta que ya no hubiera remedio. Pero aquí se acerca. (*Sale Cándida.*)

CANDIDA. Se ausentó ya ese caballero?

DIEGO. En este momento.

CANDIDA. Y puedo saber quién es ese caballero?

DIEGO. Ese caballero es un empleado en el ministerio de Estado, y el que dentro de algunas horas vendrá á tomar posesion de este cuarto.

CANDIDA. Qué dices?

DIEGO. Quieres que lo repita? He traspasado, con anuencia del casero, el cuarto á ese caballero y juntamente los enseres que contiene.

CANDIDA. Me lo dices de veras?

DIEGO. Hace tiempo que me conoces para suponer que acostumbro á chanchearme.

CANDIDA. Pues hoy te hago la justicia de suponer que te chanceas.

DIEGO. Estás en un error; hoy menos que nunca.

CANDIDA. Y á dónde vamos?

DIEGO. A una casa de huéspedes.

CANDIDA. Y dime, querido esposo, para eso has venido de Toledo?

DIEGO. Sí, querida esposa; para eso y para otras muchas cosas que irás viendo poco á poco. Estoy cesante, y he determinado que esperimente mi casa una reforma radical; y el cimiento sobre que debe basar mi nuevo plan de reforma, tiene que ser la economía.

CANDIDA. Protesto solemnemente: yo no puedo aprobar un arranque de esa naturaleza.

DIEGO. Pues, hija mia, apesar de tu solemne protesta, me veo en la precision de manifestarte que mi determinacion no puede revocarse.

CANDIDA. Cómo!

DIEGO. Dentro de poco tiempo será otra nuestra residencia... Y no hay que dar vueltas al asunto. Tengo firmado el contrato, y el negocio no admite ningun género de composicion.

CANDIDA. De esa manera me haces descender?

DIEGO. Observa de la manera que el gobierno lo ha verificado conmigo. Todo es menester que armonice con mi nueva posicion.

CANDIDA. Te desconozco, amigo mio: en un principio consultabas conmigo todas tus operaciones; mas ahora reparo en tí una criminal espontaneidad que te convierte en un absoluto señor de la casa.

DIEGO. Con efecto, es un cambio el que se ha verificado en mí, que no puedo menos de aplaudir á pesar de tu estrañeza.

CANDIDA. Y te parece laudable semejante conducta?

DIEGO. Laudable, plausible, justa, equitativa, conveniente, oportuna...

CANDIDA. No prosigas, esposo mal aconsejado.

DIEGO. No, no: aqui no existe ninguna estraña sujestion. Mi nueva conducta es hija del convenci-

miento... Con que no hay que andar con dimes y diretes. Voy á ver á don Antonio, y á mi regreso espero que tendrás hechos los cofres y dispuesto el equipaje, que yo procuraré venir con los mozos que han de conducirlo todo á la nueva morada.

CANDIDA. No lo verán tus ojos.

DIEGO. Espero, querida esposa, que no darás lugar á comprometerme y á que yo me enfade. La paz doméstica es el principal elemento que constituye la felicidad de los matrimonios. (*Cogiendo el sombrero y el baston.*)

CANDIDA. Pero tú eres el que te propones quebrantarla.

DIEGO. Nunca la hemos tenido, y esta conducta mia que tanto vituperas, es la que pretende establecer el sosiego de que hasta aquí hemos carecido. (*Despidiéndose.*) Pronto estaré de vuelta con los mozos.

ESCENA VI.

CÁNDIDA.—*Luego* INÉS.

CANDIDA. Qué metamorfosis, Dios mio! De dónde procederá este cambio tan repentino, tan inesperado? Y mi sobrino, que á estas horas habrá ya penetrado por las puertas de Madrid... Yo que contaba con la ausencia de mi marido para protejerle... Qué hago, Dios mio, en tan crítica y apurada situacion. (*Llamando.*) Inés... Y será preciso obedecerle! (*Sale Inés.*)

INES. Señora?

CANDIDA. Es menester que en este momento te ocupes en arreglar los cofres, encerrando en ellos todos mis trajes.

INES. Pues cómo?

CANDIDA. Hoy mismo tenemos que dejar el cuarto, porque dentro de pocos instantes viene á ocuparle un nuevo inquilino.

INES. Luego nuestro plan se lo llevó la trampa?

CANDIDA. Sí, hija mia, soy muy desgraciada!

INES. Tal vez alguna determinacion de su esposo de usted.

CANDIDA. No te has equivocado. Pero no perdamos el tiempo. Toma estas llaves y vé sacando mi ropa de la cómoda, en tanto que yo escribo á mi prima, manifestándola lo que ocurre, para que mi sobrino halle al menos en ella una protectora. (*La dá un manojo de llaves.*)

INES. Con mucho gusto, señora, es decir, la serviré á usted con mucho gusto; aun cuando siento la causa que origina este género de servicio que la presto.

CANDIDA. No te detengas. (*Váse.*)

INES. Vaya usted descuidada.

ESCENA VII.

INÉS.

(*Abriendo la cómoda y sacando ropa blanca y algunos trages que irá colocando sobre una silla.*) Pobre señora! ella que delira por su sobrino; que le quiere tanto como si fuera su hijo. De qué ha servido á la pobre señora haber estado meditando tanto tiempo la manera de traer á casa á su sobrino? De nada. (*Aparece Rosquete en la puerta en traje de licenciado de ejercito.*)

ESCENA VIII.

INÉS.—ROSQUETE.

ROSQ. Asina me gustan á mi las niñas, hasendosas y...

INES. Rosquete!... mi licenciado!

ROSQ. (*Acercándose.*) Inesiya de mis entrañas! no me esperabas quisás.

INES. No por mi vida, ni que fueras tan determinado que te atrevieras á subir, sin que yo te lo avisára.

ROSQ. Y qué quieres? El amor es siego y no sabe nunca lo que jase. Ya me dolian las piernas de andar caye arriba, caye abajo, y como no te

veia salir á la ventana, dije, pues señor, me cuelo y Cristo con todos; porque esa cara de sielo me dá á mí való pa tó en este mundo; lo que te digo es la verdad, y sin costura.

INES. Pues la causa de no haber salido á la ventana á la hora de costumbre, ha sido porque el amo vino ayer de Toledo, y porque la señora no ha salido.

ROSQ. Hola! hola! Conque tienes al amo en casa?

INES. Ni mas ni menos. Pero aunque no hubiese venido nunca, maldita la falta que hacia.

ROSQ. Supongo por lo que lo dises... Tal ves ahora no nos veremos con tanta frecuensia.

INES. No es solamente por eso, sino porque ha venido á desbaratar los mejores planes de mi señora.

ROSQ. Ya... entiendo: tu señora tendria entre manos argun negosio, y la ausensia de su mario la favoresia, y... pues... ahora el mario ha llegado y... vamos...

INES. Rosquete, no seas malicioso.

ROSQ. Como que uno conose el mundo... ni... pues!

INES. No pienses nada malo de mi señora.

ROSQ. Quita ayá, mujé: habia yo de pensá naa malo? Pero quieres desirme, por qué la venida de su mario la ha jecho tan mala obra?

INES. Vas á saberlo. Mi ama tiene un sobrino, te enteras?

ROSQ. Me entero.

INES. Este sobrino anda fugitivo por esos mundos de Dios, porque le persigue el gobierno.

ROSQ. Pues qué ha jecho?

INES. Es un oficial de ejército y se pronunció el año pasado en Cataluña, y se batió contra las tropas del gobierno.

ROSQ. Ya; y juye porque le güele á pórvora la cabesa?

INES. Mi ama, con intento de ampararle, creyéndole mas seguro teniéndole en su propia casa, y aprovechándose de la ausencia de su marido, dejó la habitacion que tenia, y alquiló este cuarto.

ROSQ. No adivino la rason.

INES. Déjame terminar. Ves esa consola, y ese espejo?

ROSQ. Lo veo.

INES. Pues cuando nos mudamos, habia en ese mismo

sitio una puerta que daba paso á un gabinete; pero mi señora mandó sustituir las puertas vidrieras con esa consola y ese espejo; cuyas piezas unidas y trabajadas con cierta intencion hacen el mismo oficio que una puerta, y sin embargo, nadie la reconoce por tal; y como la habitacion está empapelada...

ROSQ. De modo que en ese gabinete queria la señora que se escondiera er sobrino?

INES. Cabales.

ROSQ. Qué invension tán peregrina! Vamos, el mismo diablo no es capaz de discurrir lo que discurre una mujer. A ver... quieres enseñarme ese cuarto?

INES. Temo que se acerque la señora... pero aproximate. *(Se llega á la consola, que gira á la par que el espejo, y se deja ver un gabinete amueblado.)*

ROSQ. Calla! Qué cosa tan prodigiosa! Veo que es un cuarto con todos sus menesteres. Cama, mesa, sillas...

INES. Y todo muy decente.

ROSQ. Ya lo creo. Ya quisiera yo ese ajuar para er dia en que nos echaran er garabato... eh, Inesilla?

CANDIDA. *(Dentro.)* Inés?

INES. Mi señora! Vete!

DIEGO. *(Dentro.)* Cándida!

INES. El amo! No salgas!

ROSQ. El enemigo por vanguardia y retaguardia? Pues á la emboscada. Aquí me meto.

INES. No hay otro remedio. *(Se esconde en el gabinete y cierra Inés.)*

ESCENA IX.

INÉS.—CÁNDIDA.—*Luego* DIEGO.

CANDIDA. No oyes que te llamo?

INES. Es que al mismo tiempo la voz del amo... Pero aqui le tiene usted. *(Cándida guarda un papel que traia en la mano. Sale Diego.)*

CANDIDA. (Pronto ha venido.)

DIEGO. Se me olvidó recoger la escritura del casero. (*Rebuscando en la mesa.*) Aquí está. Hola! os ocupais ya en despojar los muebles... Así me gusta.

CANDIDA. No me hables, hombre fatal, inconsiderado. (*Inés sigue sacando ropa.*)

DIEGO. No hay que enfadarse; algun dia te alegrarás. Para recompensarte de este disgusto, te llevaré esta noche á las máscaras.

CANDIDA. Muchas gracias; no tengo humor.

DIEGO. Me lisonjeo con la idea de que á la noche habrás variado de pensamiento.

CANDIDA. No lo creas.

DIEGO. (*Sonriendo.*) Hasta luego que vuelva con los mozos. (*Váse.*)

ESCENA X.

CÁNDIDA.—INÉS.

CANDIDA. Ves qué testarudo? Ves qué obstinado?

INES. Al fin es hombre, señora.

CANDIDA. Pero qué desconocido está. Creo que los malditos aires de Toledo le han transformado.

INES. Y escribió usted ya la carta á su primo?

CANDIDA. (*Sacando un papel.*) Sí, ya la he concluido. Habia pensado que fueses tú la conductora.

INES. (No lo permita el cielo.)

CANDIDA. Pero he variado de pensar. Mejor será que la lleve el hijo del portero. Voy á llamarle desde el corredor.

INES. No es mala idea, señorita. Contamos con tan poco tiempo para el arreglo de los cofres.

CANDIDA. Sí, voy á llamarle. (*Váse y sale Rosquete del escondite.*)

ESCENA XI.

INÉS.—ROSQUETE.

ROSQ. Puedo tomar las de Villadiego?
INES. Tengo miedo de que te vea. El corredor está muy cerca de la puerta, y...
ROSQ. Pues es preciso que sarga, pichona.
INES. Espera... (*Mirando hácia dentro.*) No hay nadie por los pasillos.
ROSQ. Bueno: aprovecha la ocasion.
INES. Sígueme... no tengas miedo.
ROSQ. Yo miedo, chiquilla! Apuradamente yo me pinto solo para estos lanses.
INES. (*Asustada.*) Ay!
ROSQ. (*Retrocede asustado.*) Qué es eso?
INES. Me pareció que venia.
ROSQ. Pues no eres tú poco medrosa, que digamos. Ten corason; como yo.
INES. Se conoce... sígueme.
ROSQ. Sígote.
INES. (*Retrocede.*) Aguarda.
ROSQ. (*Retrocede.*) Aguardo.
INES. Continúa.
ROSQ. Continúo.
INES. (*Retrocede.*) Espera.
ROSQ. (*Retrocede.*) Espero.
INES. Escóndete!
ROSQ. Escóndome! (*Se esconde donde antes.*)
INES. Es mi señora!... si le habrá visto?

ESCENA XII.

INES.—CÁNDIDA.

(*La primera sigue arreglando la ropa.*)

CANDIDA. Estaba jugando en el patio el chico del portero. Le he tirado la carta, y le he dicho que la lleve

á donde indica el sobre, ofreciéndole una buena propina si está pronto de vuelta.

INES. Sí que lo hará, porque el hijo del portero es listo... es una pólvora.

CANDIDA. Voy á sacar toda la ropa que tengo en mi tocador.

INES. Muy bien hecho. (Así le dejo escapar.)

CANDIDA. Pero mejor será ayudarte...

INES. Usted me ofende, señorita.

CANDIDA. Como veo que has adelantado tan poco.

INES. Yo me daré prisa; descuide usted... como hemos estado hablando.

CANDIDA. Con que no te ayudo?

INES. Pues no faltaba otra cosa; ó soy ó no su sirvienta de usted.

CANDIDA. Pues voy corriendo á mi tocador. (*Vase.*)

INES. Sabe Dios lo que te lo agradezco.

ESCENA XIII.

INÉS.—ROSQUETE.

ROSQ. Ahora no habrá nada que temer por los pasiyos.

INES. Nada... pero inspeccionaré primero.

ROSQ. Mira, Inesiya; no me dejes solo: detras de tí me voy.

INES. Un hombre se acerca! Escóndete!

ROSQ. Por vida del diablo! Me vas á tener entrando y saliendo todo er dia?

INES. Escóndete y no me comprometas.

ROSQ. Mira que va oscureciendo, y no tengo ganas de quedarme aquí esta noche.

INES. Escóndete por Dios, que llega.

ROSQ. (*Entrando.*) Maldito sea er demonio y la consola y el espejo... y yo. (*Se esconde y sale Alejandro.*)

ESCENA XIV.

INÉS.—ALEJANDRO.

INES. (Quién será este caballero?)

ALEJ. *(Entra sin saludar, se quita la capa y se sienta.)* Quién eres tú?

INES. Yo? No lo está usted viendo?

ALEJ. Ya lo veo, eres una mujer.

INES. Y usted quién es?

ALEJ. Yo?... un hombre.

INES. Ya lo veo; pero un hombre á quien no conozco.

ALEJ. Yo tampoco te conozco á ti; estamos iguales. *(Mirando á todos lados.)*

INES. Y qué se le ofrece á usted?

ALEJ. A mí?... un vaso de agua.

INES. Pero á quién busca usted?

ALEJ. A una mujer que no es la que miro... Pero no se te olvide traerme un vaso de agua.

INES. Yo no puedo moverme de la sala sin que sepa quién es usted.

ALEJ. Dile á doña Cándida que aquí la espera un caballero.

INES. Dios mio!... Si será!...

ALEJ. No te has equivocado: es el mismo que presumes. Juzgo que estás en antecedentes.

INES. Será posible? Es usted tal vez?...

ALEJ. Don Alejandro de Quiñones, teniente de ejército...

INES. Ay! Santa Leocadia! voy á avisarla ahora mismo... Pero mejor será que vaya usted allá dentro; será una agradable sorpresa. (Y así dejo escapar á Rosquete.) No acepta usted mi opinion?

ALEJ. No dices mal. Corro á dar un abrazo á mi tia, á mi buena protectora. *(Váse.)*

ESCENA XV.

INÉS.—ROSQUETE.

INES. Ahora es la ocasion, sal volando y escapa.
ROSQ. Grasias sean dadas á la Providensia.
CANDIDA. (*Dentro.*) Sobrino de mi corazon!
ALEJ. (*Dentro.*) Tia de mis entrañas!
INES. Vuelve á esconderte.
ROSQ. Carámbano!
INES. Se la encontró en el camino... que ya están en la sala.
ROSQ. Pero hasta cuándo me vas á tener metido aquí? Te has figurado que soy conejo?
INES. Adentro, que me comprometes.

ESCENA XVI.

INÉS.—CÁNDIDA.—ALEJANDRO.

CANDIDA. Sobrino de mi vida... el gozo no me deja articular una palabra.
ALEJ. Pues tranquilicese usted, querida tia.
CANDIDA. Hoy es el dia mas venturoso de mi vida... No, miento, el dia mas desgraciado.
ALEJ. No comprendo.
CANDIDA. Sí, Alejandro de mi vida: mis planes han fracasado. Ya es imposible que puedas permanecer en casa.
ALEJ. Pues cómo? Qué sucede?
CANDIDA. Tu tio ha llegado de Toledo; pero no es eso lo peor, sino que hoy mismo nos tenemos que mudar.
INES. Señorita, dispénseme usted si la interrumpo. Aqui en la sala están ustedes muy mal. Puede llegar de pronto el amo...
ALEJ. Y qué importa?
INES. Pues no ha de importar?
CANDIDA. Dice muy bien: seria capaz de delatarte, de entregarte á la justicia.

INES. Lo ve usted, señor don Alejandro? Nada, lo mejor será que pasen ustedes allá dentro.

ALEJ. Y cuál es el escondite de que usted me hablaba en sus cartas?

INES. (Soy perdida.)

CANDIDA. No lo adivinas? En la sala está, á ver si aciertas cuál es. (*Alejandro mirando á todos lados.*)

INES. (*Apurada.*) Señorita, usted quiere comprometerse.. Que puede llegar el amo.

CANDIDA. No puede venir tan pronto.

INES. (Voy á ser descubierta.)

CANDIDA. Lo adivinas?

ALEJ. No es fácil adivinar...

INES. Ni conviene que usted lo adivine.

CANDIDA. Y por qué?

INES. Por una razon muy sencilla; porque le vendrán ganas de penetrar en el escondite para inspeccionarle, y porque puede llegar el amo mientras tanto y quedarse encerrado hasta Dios sabe cuándo: lo mejor es que se vayan ustedes allá dentro...

CANDIDA. Qué obstinacion!

INES. Yo lo digo porque me intereso mucho por usted.

ALEJ. Pues yo no salgo de aqui hasta que haya visto mi guarida.

CANDIDA. Sí, hijo mio, ven, que quiero complacerte.

INES. Yo abriré. (*Se dirije con prontitud á la consola, entreabre y dice á media voz.*) (Escóndete debajo de la cama.) (*A Alejandro.*) Lo está usted viendo?

ALEJ. Déjame penetrar. (*Entra é Inés se viene al proscenio.*)

CANDIDA. Qué te parece?

INES. Cierre usted que está aqui su marido de usted!

CANDIDA. Dios mio!... No salgas.

ALEJ. Pero tia!

CANDIDA. No me pierdas y obedece. (*Cierra.*)

ESCENA XVII.

DIEGO.—CÁNDIDA.—INÉS.—MOZOS.

DIEGO. Por lo que veo está yá todo á la vela; me alegro. Yo tampoco he sido menos preventivo.

INES. *(A Cándida.)* Sucedió lo que pensaba que sucederia.

CANDIDA. *(A Inés.)* Qué haremos!

DIEGO. Inés, y tú Cándida, pasad á dentro con estos muchachos y que carguen con los baules y demas utensilios que han de conducir á nuestro nuevo alojamiento. (*Se sienta á escribir.*)

CANDIDA. Y por qué no pasas tú con ellos?

DIEGO. Y yo qué entiendo de esas cosas? Cómo quieres tú que yo sepa lo que han de llevarse y lo que han de dejar?

INES. *(A Cándida.)* Puede usted entrar con el amo; yo mientras acabaré de sacar todo lo que está en la cómoda.

DIEGO. Pero si tengo que poner cuatro letras al casero, y el tiempo urge. Y además, repito que no hago falta allá dentro.

CANDIDA. No, pues yo no voy sin que tú me acompañes.

DIEGO. Estraña manía por cierto. Qué temes?

CANDIDA. Cuando yo me obstino en que me acompañes, por algo será.

DIEGO. (Si querrá decirme alguna cosa en secreto?) Voy á complacerte, querida. *(A los mozos.)* Venid, muchachos.

ESCENA XVIII.

INÉS.—*Luego* PORTERO.

INÉS. (*Mirando alejarse á los amos.)* Esta vez de seguro se escapan. (*Alejandro y Rosquete asoman la cabeza.*)

ROSQ. Salimos?

ALEJ. Podemos escapar?

INES. Sí. (*De pronto.*) No! Que se acerca el portero. (*Se esconde y sale el Portero.*)

PORTERO. Felices.

INES. Bien venido. Qué se ofrece?

PORTERO. Es el nuevo inquilino, que usando de sus amplificaciones y facultades, me ha dado el encargo especial de que sea yo el recogedor de las llaves del cuarto.

INES. Todavia no nos hemos mudado. Descuide usted: las llaves se le bajarán á usted á la porteria.

PORTERO. Y á dónde se mudan ustedes?

INES. No se lo puedo decir á usted, porque lo ignoro.

PORTERO. Ya... Pues no tengo nada que decir á ustedes. Aun cuando no hace mas que doce dias que soy portero de esta casa, ya ustedes habrán conocido por mis modales y comportamiento, que siempre he deseado servirlos, y sin interés.

INES. Lo agradecemos.

PORTERO. No se olvide usted recordar al amo mi asignacion de doce dias por el barrido de la escalera y el alumbrado.

INES. Nada olvidaré de cuanto usted me dice; pero tenga usted la bondad de no entretenerme. Por otra parte, pueden salir los señores y no serian gustosos de ver al portero en la sala.

PORTERO. Usted ya sabe á lo que he venido. He sido mandado por don Antonio, que sabe quién soy y conoce mi insuficiencia.

INES. Bien, vaya usted con Dios.

PORTERO. Y digale usted á sus amos, que estoy acostumbrado á ser bien recibido de personajes tan categóricos como ellos.

INES. Y á mi qué me dice usted!

PORTERO. Y que he sido cabo segundo del ejército. Saludo á usted como debo. (*Váse.*)

INES. Creí que se eternizaba aquí. (*Se dirije hácia la consola y sale Diego.*) Virgen santa! Está de Dios que no han de salir...

ESCENA XIX.

INÉS.—DIEGO.

DIEGO. Lo mismo que me pensé. Me llama con tanto misterio para decirme una simpleza. (*A Inés.*) Despacha, recoje esa ropa y llévala adentro.

INES. Voy al instante. (Presumo que se van á quedar encerrados.) (*Recoje la ropa y váse. Diego se pone á escribir.*)

DIEGO. Concluyamos la carta que le dirigia al casero. (*Sale el portero con un pliego en la mano.*)

ESCENA XX.

DIEGO.—PORTERO.

PORTERO. Estoy á la disposicion de usted, señor don Diego.

DIEGO. Qué se le ofrece á usted?

PORTERO. Mi consorte me ha dado esta carta que han dejado en la portería para usted. (*Se la dá y don Diego lee.*)

DIEGO. »Amigo mio: cumpliendo con mi promesa, puede usted, cuando guste, pasar á mi casa y recoger el nombramiento de comisario de policía. Simon Sampelayo.» (*Habla.*) Ya he dejado de ser cesante. (*Se levanta.*)

PORTERO. Le doy á usted la enhorabuena, caballero.

DIEGO. Gracias. gracias, amigo.

PORTERO. Que lo disfrute usted con salud muchos años.

DIEGO. Gracias, gracias, amigo.

PORTERO. Que lo disfrute usted con salud muchos años.

DIEGO. Gracias, Cándida! Inés! A ver si se alijeran.

PORTERO. (Otro en su lugar me daria propina por la infausta nueva.)

DIEGO. No responden.

PORTERO. Que sea para bien de todos.

ESCENA XXI.

DIEGO.—PORTERO.—CÁNDIDA.

CANDIDA. Qué sucede?
DIEGO. Deseo que despachemos; tengo que pasar á casa de don Simon á recoger el nombramiento de comisario de policía.
PORTERO. Que sea para muchos años.
CANDIDA. Entonces, para qué nos mudamos? Puede un comisario habitar una casa de huéspedes?
DIEGO. Buscaremos cuarto.
CANDIDA. Pues y este?
DIEGO. Es imposible volverme atrás. Tengo firmado el traspaso. Pero ves cómo al fin don Simon cumplió su palabra? No ha parado hasta que me ha hecho comisario.
PORTERO. Reciba usted mi parabien.
DIEGO. Ya lo he oido, hombre.
PORTERO. Como usted no se daba por entendido... *(Salen los mozos con baules, maletas y otros trastos, precedidos de Inés.)*

ESCENA XXII.

DIEGO.—CANDIDA.—PORTERO.—INÉS.—MOZOS.

DIEGO. No queda nada por allá dentro?
INES. Nada, todo se ha recogido.
CANDIDA. *(A Inés.)* Somos perdidas!
DIEGO. *(A los mozos.)* En esta misma calle, número veinte y seis, cuarto principal. *(Vánse los mozos.)*

ESCENA XXIII.

DIEGO.—CÁNDIDA.—INÉS.—PORTERO.

DIEGO. Vamos, poneos las mantillas y á la calle, que el nuevo inquilino espera las llaves.
CANDIDA. (*Poniéndose la mantilla.*) Vé delante, que nosotras te seguiremos.
DIEGO. Qué mania! Y á qué viene esa nueva detencion?
INES. Es preciso hacer una nueva revista por si dejamos olvidado algo que nos pertenezca.
CANDIDA. Dice bien.
DIEGO. Corriente, me adelantaré; pero no espero mas que diez minutos.
CANDIDA. (Nos hemos salvado.) Descuida.
DIEGO. Alijeraos. (*Váse y el portero detrás diciendo.*)
PORTERO. Que sea por muchos años.

ESCENA XXIV.

CÁNDIDA.—INÉS.

CANDIDA. (*Gozosa.*) Abrázame, Inés.
INES. Si señora. (*Se abrazan.*) Somos felices.
CANDIDA. Bendigamos á la Providencia! (*Alejandro y Rosquete asoman la cabeza.*)
ALEJ. Llegó la hora?
ROSQ. Es tiempo de salir?
CANDIDA. Otro hombre!
INES. Pues no se lo dije á usted allá dentro? Es mi novio.
ROSQ. Si señora...
CANDIDA. Mi marido otra vez y el nuevo inquilino! Escondeos!
INES. Qué fatalidad!
ROSQ. A que escandaliso.
ALEJ. Adentro, calla! (*Se esconden.*)

ESCENA XXV.

DIEGO.—CÁNDIDA.—INÉS.—ANTONIO.—BALTASARA.—PORTERO.—VENTURA.

DIEGO. El asunto no admite ya ningun género de dilacion. Los nuevos inquilinos vienen á tomar posesion de su prometida residencia.

ANTONIO. Con efecto; si usted nos hace el favor de las llaves...

DIEGO. (*Cogiéndolas de encima de la mesa.*) Aquí las tiene usted. (*Se las dá.*)

ANTONIO. Mil gracias. (*Se las dá á Ventura.*)

BALTAS. Y el cuarto es bonito.

INES. Muy lindo.

ANTONIO. (*A Diego.*) Con que es usted comisario de policia?

DIEGO. Si señor.

PORTERO. Que sea para muchos años.

DIEGO. (*Dándole dinero.*) Hombre, tome usted y déjeme en paz.

PORTERO. (*Tomando el dinero.*) Si no lo decia por eso, señor don Diego.

BALTAS. Pasaremos adentro.

DIEGO. Y nosotros á fuera. Vamos, Cándida. Servidor de usted, señora; adios, don Antonio.

ANTONIO. Mil felicidades.

CANDIDA. Saludo á usted, señora.

BALTAS. Vaya usted enhorabuena.

CANDIDA. (El cielo me favorezca.)

INES. (Pobre Rosquete!)

PORTERO. (*A Antonio.*) Si á usted se le ofrece alguna cosa, no tiene mas que mandar; soy el portero. (Ahora alcanzaré á don Diego para que me dé mi asignacion de doce dias.

ESCENA XXVI.

ANTONIO.—BALTASARA.—VENTURA.

BALTAS. Tiene buen interior la casa?

ANTONIO. Escelente.

BALTAS. Le veremos; y despachemos que no quiero faltar á las máscaras.

ANTONIO. Como gustes. *(Entran y Ventura echa la llave á la puerta y se la guarda.)*

VENT. Yo mientras tanto veré en qué disposicion se halla la cocina para que todo esté listo en el momento de recibir criada. Hola! Una alcoba... veremos si es bastante capaz... *(Entra, y salen Alejandro y Rosquete.)*

ESCENA XXVII.

ALEJANDRO.—ROSQUETE.—VENTURA.

ROSQ. Ahora es la ocasion.

ALEJ. Cierto! *(Sale Ventura y se queda sorprendido.)*

VENT. Quiénes son ustedes? Por dónde han entrado?

ALEJ. Por la puerta.

VENT. Si acabo de cerrarla con llave.

ROSQ. Ya lo vimos nosotros; y á la verdad que nos queamos sorprendios...

ALEJ. Con efecto; nos reimos y dejamos que usted concluyera.

VENT. Pues no los vi... pero á quién buscan ustedes?

ALEJ. Diga usted á sus amos que les espera una visita.

VENT. (No me gusta mucho la facha de estos nenes... estarian escondidos en la alcoba?)

ALEJ. Despache usted, que tenemos prisa.

VENT. Voy. (Nos prevendremos. Saldremos juntos los tres por si es necesario...)

ESCENA XXVIII.

ALEJANDRO.—ROSQUETE.

ALEJ. Ya te he dicho que estoy proscripto, que no puedo presentarme á nadie, y menos á una persona que no conozco, y que no sé qué decirle.

ROSQ. Pu señó, en ese caso, á la conejera!

ALEJ. No queda otro remedio. Conque te resuelves á ser mi fiel compañero de infortunios?

ROSQ. Lo dicho, dicho, mi tiniente. Osté ha servio en mi regimiento y eso me basta. ¡Que vienen!
ALEJ. Adentro.
ROSQ. Marcha apresurá? *(Se esconden.)*

ESCENA XXIX.

ANTONIO.—BALTASARA.—VENTURA.

ANTONIO. A dónde están esos señores?
VENT. Aqui los dejé; en la sala.
BALTAS. Se habrán marchado.
VENT. Cómo, si tengo la llave de la puerta en mi poder? Estarán en la alcoba. *(Entra en ella.)*
ANTONIO. Hay alguien?
VENT. *(Saliendo.)* Nadie! *(Se dirige á la puerta y la examina.)* Cerrada!
BALTAS. Ventura, tú sueñas.
VENT. No señora: estoy despierto: yo mismo los he hablado.
ANTONIO. Pero por dónde se han ido?
VENT. Yo qué sé? Por el ojo de la llave.
ANTONIO. Sigamos viendo la casa y examinando los muebles.
BALTAS. Sí, sí; no hagamos caso de este majadero. *(Vánse.)*

ESCENA XXX.

VENTURA.

Si los acabo de hablar!
Señor, si me saludaron!
Cáspita! si hasta me hablaron!
Me he podido fascinar?
Esto algun misterio encierra:
pero misterio no cabe...
ó es que tienen otra llave,
ó se los tragó la tierra.
(Mira á todos lados y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

ALEJANDRO.—ROSQUETE.—*Aparecen sentados á un estremo lateral del teatro. Rosquete durmiendo.*

media luz

ALEJ. No parece sino que el mismo diablo se esfuerza para que yo no pueda salir nunca de esta maldita casa. Cuando mas seguro veo el medio de escapar, viene un incidente inesperado y destruye nuestros mejores planes! *(Mira el reloj.)* Son cerca de las nueve: la casa completamente deshabitada, nadie parece, y mi conflicto se eterniza. *(Rosquete ronca.)* Rosquete! Muchacho! Rosquete!!!

ROSQ. *(Se pone de pié y dice alto cuadrándose.)* Presente!

ALEJ. Modera el tímpano, que no estás en la lista.

ROSQ. Qué se ofrese mi tiniente?

ALEJ. *(Se pone de pié.)* Nada. Te he despertado para que no roncáras.

ROSQ. Pus sepa osté que no acostumbro yo á roncá; pero la carpanta que tengo me obliga á jaser cosas estraordinarias. Mientras que osté dormia ayá dentro, salí y me puse en observasion. Me dirigí á la cosina, y despues de haber jecho un reconosimiento generá por fogones, despensa, cajones y demás, me retiré der campo con er arma á discresion. Er enemigo abandonó la trinchera sin dejar munisiones de boca.

ALEJ. Tú solo piensas en comer, y yo en escapar.

ROSQ. Desengáñese osté, mi tiniente; un estógamo lleno es mas fuerte en la retirada que un estógamo vasío.

ALEJ. Pero discurre un medio...

ROSQ. No pueo. Cuando no como, se me seca er majin.

ALEJ. Pues esta noche salgo yo de aqui á todo trance.

ROSQ. No me disgusta la resolusion.

ALEJ. Aun cuando sepa armar un escándalo.

ROSQ. Bien jecho: á la bayoneta.

ALEJ. Aunque me conozcan.

ROSQ. Paso de ataque.

ALEJ. Aunque me prendan y luego me fusilen.

ROSQ. Arto er fuego! Esas son palabras mayores, mi tiniente. Yo no quiero ver fusilao á un melitá tan bisarro como osté. *(Se oye ruido en la cerradura de la puerta.)*

ALEJ. Oyes? Abren la puerta.

ROSQ. A la conejera. *(Se esconden.)*

claro.

ESCENA II.

VENTURA, *que sale con una cesta en el brazo y una palmatoria.*

Ya llegamos. *(Poniendo la luz encima de la mesa.)* Me parece que ya no quedará en la otra casa ningun chirimbolo. *(Registrando la cesta y sacando lo que va diciendo.)* Mientras los amos se divierten, bueno será que yo tambien dé un grato ejercicio á mis mandíbulas. Pan, y de la tahona del Mico, y calentito. Un plato con un

magnífico trozo de jamon cocido. Vino de Jerez; el que sobró hoy en la mesa. Nada de esto echarán de menos mis amos, máxime en un dia de mudanza y trastorno. Me falta vaso para echar el vino.... Voy á la cocina por uno. *(Váse con la luz.)*

ESCENA III.

ROSQUETE.

Hé aquí una manífica ocasion pa tomá las de Viyadiego; pero dije antes que la mejor retirá es la que se jase con el estógamo yeno, y en su consecuensia, no digo á mi tiniente lo que pasa, y me yevo *(Cogiendo lo que dice.)* er pan, er vino y er jamon.—A la gasapera! *(Váse y sale Ventura con un vaso y una servilleta.)*

ESCENA IV.

VENTURA.

He querido traer de paso una servilleta para comer, ó mejor dicho, para cenar con decencia y... *(Reparando en la mesa.)* Calla! Pues y la cena, dónde se halla? Me parece que lo saqué todo. *(Mirando la cesta.)* Sí, aquí no hay mas que trastos de cocina que he traido... Pero esto ha sido obra de un momento. *(Mirando en derredor.)* No veo á nadie. *(Coge la luz y se dirije á la alcoba.)* Nadie. Pero quién es entonces el mal intencionado que se atreve á dejarme sin cenar? El plato, la botella, todo ha desaparecido. Si yo supiera quién es el que me condena á esta forzosa abstinencia, le... le... le ahogaba. Yo que desde esta tarde he estado gozando con la idea de cenar esta noche como

nunca he cenado... tan opíparamente. Pero ahora reflexiono... ahora recuerdo que me dejé abierta la puerta... mas quién puede haber entrado? *(Sale el portero escarbándose los dientes.)*

ESCENA V.

VENTURA.—PORTERO.

PORTERO. Buenas noches, señor Ventura.
VENT. Felices las tenga usted. (Si habrá sido este...)
PORTERO. Conque los amos, segun parece, se distraen, no es esto?
VENT. Sí, señor, asi parece. Me queria usted para alguna cosa?
PORTERO. Para nada: no tenia que hacer en este momento y dije: subamos á ver al señor Ventura, y tendremos un rato de circunferencia.
VENT. Ya: de conferencia.
PORTERO. Para hacer la indigestion de la cena.
VENT. Ah! Se ha cenado mucho!
PORTERO. Mucho no, pero cosa buena!
VENT. Hombre, sí?
PORTERO. Me he comido una escelente tajada de jamon.
VENT. (Ya pareció el ladron.) Y le ha sabido á usted bien?
PORTERO. Me ha sabido á poco.
VENT. Qué lástima!
PORTERO. De estas ocasiones se presentan pocas.
VENT. Yo lo creo.
PORTERO. Como tengo este genio todos me quieren en la vecindad: entro, salgo, miro y...
VENT. Ya, ya... *(Se echa el guante. Habráse visto ladron mas descarado?)*
PORTERO. Ah! tambien he tenido vino.
VENT. De Jerez?
PORTERO. No, señor, de Cariñena.
VENT. Usted padece una equivocacion.
PORTERO. Me lo querrá usted decir á mi que lo he bebido?
VENT. Me lo querrá usted decir á mi que lo he comprado?

PORTERO. Que usted lo ha comprado?

VENT. En fin, no tengo ganas de conversacion; buen provecho, y súbame usted el plato y la botella, si es que no se ha cenado tambien ambas cosas.

PORTERO. (Este hombre no está en su juicio.) Señor Ventura, yo no como vidrios, ni pedernales, ni nengun otro género de combustible.

VENT. Poca broma. El plato y la botella.

PORTERO. (Está loco.) Señor Ventura, me parece que le falta á usted algun miembro en la cabeza.

VENT. Lo que me falta es la paciencia: se entera usted? Ya que ha tenido usted la humorada de cenar á mis espensas, y puesto que ve que no ignoro que es usted el robador de mi cena, déjeme usted en paz, y súbame el plato y la botella. Lo ha comprendido usted? El plato y la botella.

PORTERO. Escúcheme usted, señor Ventura. Usted se ha formalizado, y eso quiere decir que usted... se ha puesto formal... Bien, en ese sentido, puesto que usted se ha puesto sério, le diré á usted una cosa, y esta cosa es, que yo soy el portero de esta casa y... que he sido cabo segundo del ejército, y en mi compañia nadie ha tenido que decir nada de mi conducta, presente, venidera y futura...

VENT. Bien, y qué?

PORTERO. No he concluido.

VENT. Pues avise usted.

PORTERO. Usted me ha dicho que yo he cometido la calumniosa idea de comerme un plato y una botella.

VENT. Acabó usted ya?

PORTERO. No, señor. A mí me gusta dilucidir las cuestiones con órden y filosofía, que aqui donde usted me ve, se me ha caido el pelo de estudiar leyendo, y sé las vueltas que da el mundo al cabo de una hora...

VENT. Bien: estoy plenamente convencido. Nada reclamo, nada quiero, nada pido, sino que se vaya usted y me deje en paz.

PORTERO. Ya eso varía de aspecto. Doña Ramona, la viuda del intendente, es la que me ha dado el jamon y...

VENT. Que me deje usted en paz.

PORTERO. Usted disimule, pero á mí me gustan las cosas breves y clarificadas... Buenas noches. Me voy á la cama para acostarme, para dormir en la cama.

ESCENA VI.

VENTURA.

VENT. Creí que no cesaba de charlar en toda la noche. Cáspita con el hombre. Pero lo mas chistoso del caso es que me ha dejado sin cenar. No permitiera el cielo que le diese un cólico esta noche. Y luego me sale con que ha sido cabo segundo del ejército, como si á mí me importára algo... Pero aquí vienen mis amos.

ESCENA VII.

VENTURA.—ANTONIO.—BALTASARA. *Los dos últimos disfrazados con dominós.*

ANTONIO. No, Baltasara; una y no mas. Estos jaleos no son para hombres de mi edad; y tú deberias tener presente la tuya para pensar otro tanto. *(Se quita el dominó y suelta la careta.)*

BALTAS. No empecemos, Antonio. *(Se quita el dominó y suelta la careta.)*

ANTONIO. Pero, mujer, no quieres que me desespere? A qué haberme traido toda la tarde y toda la noche como un zarandillo, recorriendo calles y casas y embromando al prójimo, para que despues se burlen de nosotros?

BALTAS. Y por qué han de burlarse?

ANTONIO. Por qué han de burlarse? Porque nosotros lo autorizamos; porque hacemos cosas impropias de nuestra edad y de nuestra posicion.

BALTAS. Siempre á vueltas con la edad: siempre consultando la partida de bautismo. Bien sabe Dios que me pesa haber contado contigo para esta diversion: por causa tuya me han conocido en todas partes.

ANTONIO. Y si me obligas á fingir la voz, cosa que yo no puedo hacer... Ventura!

VENT. Señor.

ANTONIO. Hay alguna novedad?

VENT. *(Suspirando.)* Ninguna.

ANTONIO. Por qué suspiras?

VENT. Por nada, señor. Son cosas mias. Un recuerdo gastronómico.

ANTONIO. No te entiendo. Has comido?

VENT. Si, señor.

ANTONIO. Nosotros tambien; pero en la fonda. *(A Baltasara.)* Preciso será que nos dispongamos para descansar.

BALTAS. Yo no estoy cansada. Nada me importaria ir esta noche á Villahermosa.

ANTONIO. Lo creo, pero en otra ocasion trataremos ese asunto. Ahora véte con Ventura allá dentro y que te dé las cuentas...

VENT. Cuando ustedes gusten.

BALTAS. Te quedas aquí?

ANTONIO. Sí, quiero sentarme en esta butaca, hasta que hayas terminado: estoy rendido.

BALTAS. Qué hombres! No son para nada. Sígueme, Ventura.

VENT. No hay inconveniente. *(Se lleva la cesta.)*

ESCENA VIII.

ANTONIO.

(Se sienta en la butaca.) Estoy molido. Pero, Señor, es posible que yo acceda á los caprichos turbulentos de mi mujer? No parece sino que disfruta hoy de los primeros albores de su juventud, teniendo nada menos que cuarenta y seis años. Y yo con los cincuenta muy corridos me doblego á sus pretensiones, y voy por ese

Prado con mi tafetan en la cara, y mi sayal. *(Remedando.)* Me conoces? Pues es una lástima. Quién eres? Eso es lo que tú quisieras saber. Tú eres fulano. No, te engañas. Y mi mujer, toda una doña Baltasara, parando á todo el que conoce y... (*Voces dentro.*) Pero qué ruido es ese! Es en la puerta de la escalera. Veamos.

ESCENA IX.

ROSQUETE.—ALEJANDRO.

ROSQ. Osté lo verá, mi tiniente. *(Cojiendo uno de los dominós y una careta.)* Con este trapo de sea y esta carantoña, escapo, y fiése osté de mí, que á eso de media noche traigo una escala, la tiro ar barcon y se descuerga osté mu fásilmente.

ALEJ. Pero escapemos ahora que está la puerta abierta.

ROSQ. Si presisamente ha salio por ahí er gaché... y que ya le tenemos ensima.

ALEJ. Huyamos.

ROSQ. Adentro me vestiré. *(Se esconde.)*

ESCENA X.

ANTONIO.—CÁNDIDA, *que sale con careta y dominó.*

ANTONIO. No haga usted caso, señora: todos los porteros son lo mismo.

CANDIDA. Pero qué obstinado: por mas que le decia que buscaba al dueño del cuarto principal.

ANTONIO. Y para qué me quiere usted? En qué puedo yo complacerla?

CANDIDA. Vengo á exijir de usted un gran favor: me hallo en un grave conflicto, y usted que es un caballero...

ANTONIO. Gracias por el cumplimiento; pero sírvase usted decirme lo que solicita.

CANDIDA. Yo salí á Villa-hermosa con una amiga, y esta amiga vió á no sé quién en la calle. El resultado es que echó á correr y me dejó sola. Dos hombres me han venido siguiendo; se determinaron á dirigirme la palabra, y por último llegaron á ser tan importunos y molestos que me vi precisada á entrar en esta casa. Pero dudo que á pesar de mi estrategia se hayan marchado. ¿Quiere usted tener la bondad de salir fuera y verlo?

ANTONIO. No tengo inconveniente alguno en complacerla. Sírvase usted esperarme. Disimule usted si me llevo la luz: no conozco la casa, pues hoy es el primer dia que la habito.

CANDIDA. Es usted muy dueño. (*Váse Antonio con la luz.*)

Oscuro

ESCENA XI.

CÁNDIDA.—*Luego* ROSQUETE.

CANDIDA. Este es el momento de entrar y dar á mi sobrino la llave con que ha de fugarse. (*Se dirige á la consola y sale Rosquete disfrazado.*)

ROSQ. Hola! Esta habitasion está tan alumbrá como la nuestra.

CANDIDA. Hácia aquí se dirige un bulto. Me esconderé en la alcoba hasta que desaparezca. (*Entra en la alcoba.*)

ROSQ. Creo haber oio pisás, y haber destenguio... pero no. El mieo me jase vé lo que no hay. (*Sale Antonio sin luz.*)

ESCENA XII.

ANTONIO.—ROSQUETE.—CÁNDIDA.

ANTONIO. No hay nadie; pero la acompañaré á usted hasta la esquina. Dónde está usted?

CANDIDA. (*Desde la puerta de la alcoba.*) Aquí. (No me ha dado tiempo.) Pero lo ha visto usted bien?

ANTONIO. Perfectamente. No tema usted nada. Venga usted. He dejado fuera la luz para que veamos salir. (*Cándida se dirige hácia Antonio; pero Rosquete se interpone y Antonio le conduce de la mano.*)

ROSQ. (Jesú me varga.)

ANTONIO. No tiemble usted, hija mia: tenga usted resolucion. Yo la protejo.

ROSQ. (Dios te lo pague.)

ESCENA XIII.

CÁNDIDA.—*Luego* ALEJANDRO.

CANDIDA. (*Andando á tientas.*) Pero yo no encuentro á usted, caballero. Alargue usted el brazo, como yo alargo el mio. (*Sale Alejandro.*)

ALEJ. Creo haber escuchado la voz de mi tia.

CANDIDA. No me responde usted? (*Tropieza con Alejandro.*) Gracias á Dios. Ya estoy á las órdenes de usted.

ALEJ. Pero tia, qué está usted diciendo?

CANDIDA. Qué es esto? Pues no me hablaba don Antonio? Pensé haber escuchado su voz.

ALEJ. No, tia; era yo el que le hablaba: yo que me alegro de hallarla aquí, pues desde luego presumo que será para proporcionarme la fuga.

CANDIDA. Sí, con efecto. Toma esta llave. Con ella puedes esta misma noche lograr tu deseo. (*Le dá una llave.*)

ALEJ. Gracias, gracias. Esta madrugada, cuando todos estén entregados al sueño mas profundo, me escaparé.

CANDIDA. Y seguidamente te diriges á casa de mi prima. Ya está enterada del asunto y me ha prometido esconderte. Y dónde se halla tu compañero?

ALEJ. Ha salido disfrazado con un dominó, y segun creo, ha conseguido escapar. Pero tal vez nosotros podamos ahora hacer otro tanto.

CANDIDA. Imposible. Don Antonio anda por allá fuera

pudiera sorprendernos, y nuestro compromiso seria mas grande. Aquí se acerca.—Huye!

ALEJ. Adios, querida tia. (*Se esconde y sale Antonio con una luz.*)

ESCENA XIV.

ANTONIO.—CÁNDIDA.

ANTONIO. Ya dejo terminada mi buena obra. Pobre señora! ni una palabra me ha dicho: hasta para despedirse se contentó con hacerme una profunda cortesía. Temeria que la oyesen hablar..

CANDIDA. Y bien, caballero, qué me dice usted?

ANTONIO. (*Sorprendido.*) Cómo? Qué?

CANDIDA. Hay alguien esperándome en la puerta?

ANTONIO. Canástas! Señora, pues no acabo de dejar á usted en la puerta de la calle?

CANDIDA. A mí? usted sueña, caballero.

ANTONIO. Pues á quién he acompañado entonces?

CANDIDA. A mí no ha sido.

ANTONIO. Se ha subido usted detrás de mí?

CANDIDA. Si no me he movido de esta sala. Si oí su voz de usted hace poco: oi que me pidió usted la mano: yo la alargué, pero nadie me la cogió.

ANTONIO. Pues yo puedo asegurar que cogí una mano, y que esta mano no se ha despegado de la mia hasta que la solté en la puerta de la calle.

CANDIDA. Caballero, no comprendo ese enredo.

ANTONIO. Ni yo tampoco.

CANDIDA. Pero mientras tanto perdemos tiempo, y yo necesito salir de aquí; y si usted se sirviera acompañarme hasta la puerta...

ANTONIO. Pues no es mala ocupacion! Puedo estar toda la noche llevando enmascaradas de la mano.

CANDIDA. Suplico á usted, caballero, me acompañe, que no puedo dilatar mas tiempo mi permanencia aquí: sírvase usted acceder.

ANTONIO. Accedo con mucho gusto, y pronto, antes que mi mujer salga y se entere de este laberinto. (*Sale Baltasara.*)

ESCENA XV.

ANTONIO.—CÁNDIDA.—BALTASARA.

BALTAS. Tarde acudes á remediar el daño.
ANTONIO. Mi mujer!
CANDIDA. Vírgen santa!
BALTAS. Y quién es esta señora?
ANTONIO. Quién es?... Lo ignoro.
BALTAS. Señor esposo, esto pasa de la raya. Usted hace traicion á su esposa. Usted me ha faltado, y Dios sabe con quién. Qué mujer será ella, cuando se determina á buscarle á usted en mi misma casa y disfrazada.
CANDIDA. Señora, puede usted estar tranquila; su marido de usted no la falta en nada. La culpada aqui soy yo, que he venido á pedirle...
BALTAS. No prosiga usted. Qué escucho? Luego usted ha venido á incitarle? Luego usted ha venido á turbar la paz de un matrimonio feliz?
CANDIDA. Si usted se lo dice todo y no deja que me esplique.
ANTONIO. Tiene razon; déjala que se esplique.
BALTAS. Silencio, mal esposo; hombre injusto y desnaturalizado. Señora incógnita, quítese usted el antifáz: quiero conocer...
CANDIDA. La careta no puedo quitármela.
BALTAS. Pues yo se la quitaré. (*Se adelanta.*)
CANDIDA. Deténgase usted. Soy una señora, y merezco que se me respete.
ANTONIO. Pero Baltasara, me supones cápaz de accion tan abominable? Y ademas, hija mia, qué mujer quieres que haga caso de mí? No sabes la edad que tengo?
BALTAS. Calla, hipócrita. No te salvará el ardid á que apelas. En cuanto á usted, señora, no cometeré ninguna violencia. Usted no quiere darse á conocer, pues bien, frente de casa vive el comisario. Es amigo nuestro... El que nos ha cedido este cuarto.

CANDIDA. (Mi marido!)

BALTAS. Vamos á buscarle y á referirle lo que pasa.

ANTONIO. Pero, Baltasara, estás en tu juicio? Si yo no conozco á esta señora... Si entró aquí...

BALTAS. No admito esplicaciones. Delante del comisario los escucharé á ustedes.

CANDIDA. Permita usted que la diga...

BALTAS. Entre usted en esa alcoba.

CANDIDA. Y he de consentir?...

BALTAS. No hay mas remedio.

ANTONIO. Mujer, mira bien lo que haces.

CANDIDA. Consiento, pero aténgase usted á los resultados.

BALTAS. Me atendré á los resultados; sí señora. No piense usted que me acobardo por lo que usted me dice. Entre usted en la alcoba.

CANDIDA. Entro en la alcoba, puesto que usted se empeña. *(Entra en la alcoba y Baltasara echa el cerrojo por fuera.)*

ANTONIO. Y debo yo permitirlo? Mal haya sea el primer marido complaciente y benévolo que vino al mundo.

BALTAS. Nosotros á casa del comisario.

ANTONIO. Y qué falta hago yo en casa del comisario?

BALTAS. Consentirás que vaya sola? Además, quieres que te deje aquí con ella para que la pongas en libertad? No, hijo mio. *(Coge la mantilla de encima de una silla y se la pone.)* Ponte el sombrero y sígueme.

ANTONIO. Me ha venido Dios á ver con la dichosa enmascarada! *(Se pone el sombrero.)*

BALTAS. Estás ya listo?

ANTONIO. Estoy á tus órdenes.

BALTAS. Y la llave de esta puerta? *(Examinándola.)*

ANTONIO. Y á mi qué me preguntas?

BALTAS. Qué dicha! no hay que buscarla. Está puesta. Cerraré por fuera, y veremos por dónde se escapa. Vamos andando.

ANTONIO. Vamos andando. *(Vánse y sale Ventura.)*

ESCENA XVI.

VENTURA.—*Luego* ALEJANDRO.—CÁNDIDA.

VENT. Se van y me dejan encerrado. Y á lo que he podido entender se van regañando. Bien pudieran haberme dicho que me acostára, que estoy cansado de resultas del batiboleo de la mudanza. *(Se sienta en la butaca y sale Alejandro sigilosamente.)* El criado siempre es el último. Para el pobre criado nunca hay consideracion, ni... *(Viendo delante á Alejandro.)* Qué miro? Calla, la visita de esta tarde.

ALEJ. Buenas noches, señor Ventura.

VENT. Buenas noches. Por dónde ha entrado usted?

ALEJ. Por allí. (*Señalando á la puerta.*)

VENT. Por allí?

ALEJ. Por allí.

VENT. Por allí!!

ALEJ. Por allí.

VENT. Y quién es usted?

ALEJ. El demonio.

VENT. (*Santigüándose.*) Ave Maria purísima!(*Se retira.*)

ALEJ. *(Con imperio.)* Aquí se vé, se oye y se calla.

VENT. *(Temblando.)* Bien, señor... demonio.

ALEJ. Si dices una palabra de lo que vas á presenciar, esta misma noche mueres degollado.

VENT. Seré mudo.

ALEJ. Así me conviene. (*Abre la puerta de la alcoba y sale Cándida.)*

VENT. Una máscara! Hay duendes en esta casa?

ALEJ. *(A Ventura.)* Ventura.

VENT. Señor.

ALEJ. Dirás algo de lo que ves?

VENT. Señor ni una palabra.

ALEJ. *(Bajo á Cándida.)* Nunca mejor que ahora puede servirnos la llave que usted me ha dado.

CANDIDA. *(Bajo á Alejandro.)* Estás en un error; la llave que te he dado es la de la puerta de la calle.

ALEJ. Esto mas, hados crueles! Luego es preciso que nos volvamos á esconder?

CANDIDA. No hay otro remedio.

ALEJ. Qué desgraciado soy!
VENT. Qué se estarán diciendo?
ALEJ. Ventura!
VENT. Señor.
ALEJ. Tienes que entrar en esa alcoba.
VENT. *(Con miedo.)* No hay reparo.
ALEJ. Y cuenta con lo prometido, que aun cuando no me halle en tu presencia, te veo y te escucho, y si dices una palabra de lo que has presenciado... Comprendes?
VENT. Si, señor; corre peligro mi gaznate. Viva usted descuidado, señor demonio, que no diré una palabra. Conque puedo pasar?
ALEJ. Entra.
VENT. Con permiso. Pues señor, en esta casa habita el diablo. *(Entra en la alcoba y Alejandro cierra por fuera.)*
ALEJ. Cuándo terminará este laberinto, querida tia?
CANDIDA. Lo ignoro, sobrino mio. Lo único que puedo decirte es que mi compromiso es casi tan grande como el tuyo. Que mi esposo es comisario de esta demarcacion, que han ido en su busca, que vendrá... *(Ruido en la puerta.)*
ALEJ. Y que no la hallarán á usted porque se encierra conmigo.
CANDIDA. Entremos, que llegan.
ALEJ. Entremos. *(Se esconden.)*

ESCENA XVII.

ANTONIO.—DIEGO.—BALTASARA.

BALTAS. Sírvase usted pasar adelante, señor comisario.
DIEGO. Bien puedo decir que ustedes me hacen dar el primer paso en mi nuevo empleo.
BALTAS. Quiero que obre usted con justicia, con imparcialidad.
ANTONIO. Sí, amigo mio, imparcialidad sobre todo.
DIEGO. Lo prometo. Adónde está esa señora enmascarada?
BALTAS. Encerrada en aquella alcoba. *(Se dirige á la alcoba y Diego la detiene.)*
DIEGO. Alto, señora mia. Usted dice que está en esa alcoba, no es esto?

BALTAS. Sí, señor.

DIEGO. Yo la mandaré salir; ese proceder es de la incumbencia de mi autoridad. (*Abre la puerta.*)

ANTONIO. En qué pararán estas misas?

DIEGO. Tenga usted la bondad de salir. Sin cuidado, que la autoridad la proteje á usted. (*Sale Ventura.*)

ESCENA XVIII.

ANTONIO.—DIEGO.—BALTASARA.—VENTURA.

ANTONIO: } Cielos!
BALTAS. }

DIEGO. Señora, despójese usted del disfraz que la hace cambiar de sexo.

ANTONIO. Señor, si es mi criado.

BALTAS. Pero no hay nadie dentro de la alcoba? (*Registrando.*).

ANTONIO. Qué diablos pasa esta noche en mi casa?

BALTAS. No hay madie; nadie.

DIEGO. Que no hay nadie? Pues y la mujer enmascarada de que me hablaron ustedes?

BALTAS. Ventura dirá donde se encuentra. Responde, Ventura: qué ha pasado? (*Ventura se encoje de hombros.*)

BALTAS. Qué modo de contestar es ese? (*Ventura dice por señas que no puede hacer otra cosa.*)

DIEGO. Es usted mudo? (*Ventura dice que no con la cabeza.*)—Pues por qué no habla usted? (*Ventura dice por señas que peligra su pescuezo si menea la lengua.*)—Qué tiene usted malo el pescuezo y la lengua? (*Ventura dice por señas que no.*)

ANTONIO. Si se habrá vuelto mudo mi criado?

BALTAS. Hombre, cuenta lo que ha pasado. Cómo has entrado en esa habitacion? Qué has visto en ella? (*Ventura dice por señas que no habla.*)

ANTONIO. Se ha propuesto no decir una palabra.

DIEGO. Se lo ha propuesto? Pues yo le haré cambiar de propósito. (*Le coge del brazo.*) Atienda us-

ted, señor mio. Quiero que comprenda usted que se halla en presencia de un comisario; de todo un comisario de policía. Y quiero además que sepa usted que si no declara, va usted ahora mismo á dormir al Saladero. (*Movimiento de espanto en Ventura.*) Escoja usted, ó declarar, ó ir á la cárcel.

BALTAS. No hay mas alternativa.

ANTONIO. Pobre Ventura.

VENT. (*Con solemnidad ridícula.*) Pues señor, hablaré; pero en declarando, salgo al punto de esta casa, porque me encuentro amenazado.

DIEGO. Diga usted. (*Todos le oyen con atencion.*)

VENT. No habian ustedes hecho mas que salir; cuando viene á esta sala, y apenas... (*Estrepitoso ruido dentro. Todos se asustan y corren por la sala.*)

BALTAS. Ladrones! Ladrones!

ANTONIO. Socorro!

DIEGO. Favor á la Reina!

VENT. Perdon, perdon, señor demonio, que no diré una palabra. (*Confúndense repitiéndose los gritos de estos cuatro interlocutores, que no cesan de gritar hasta que salen dos serenos.*)

ESCENA XIX.

ANTONIO.—DIEGO.—VENTURA.—BALTASARA.—SERENOS. *Luego* PORTERO.

DIEGO. Hola! serenos: llegan ustedes muy á propósito.

BALTAS. Que se registre la casa.

ANTONIO. Sí, sí, que se registre. (*Sale el portero en calzoncillos blancos con una bota puesta y descalzo del otro pié, con las fornituras y calando bayoneta con un fusil.*)

PORTERO. Adónde están los raptores?

BALTAS. Yo no quiero vivir en esta casa.

VENT. Ni yo tampoco.

DIEGO. Procedamos al registro.

PORTERO. Vayan ustedes delante de vanguardia, que yo iré detrás de retaguardia.

ESCENA XX.

VENTURA.

Soy un hablador bergante;
no me pude contener;
diablo, temo tu poder;
no prosigas adelante,
que prometo enmudecer.
(Vanse todos por la puerta de la alcoba, menos Ventura.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

(*La escena está á oscuras.*)

ESCENA PRIMERA.

CÁNDIDA.—ALEJANDRO.

ALEJ. Anímese usted. Reflexione usted que nunca puede presentarse una ocasion mas propicia para nuestra proyectada evasion.

CANDIDA. No puedo: me siento muy mala.

ALEJ. Pero qué indisposicion tan repentina! Y en qué momento!

CANDIDA. Y lo estrañas?—No puedo tenerme. (*Se sienta en la butaca.*) No has presenciado tú mismo lo mucho que he sufrido esta noche? El disgusto que tuve esta tarde con tu tio, lo inesperado de la mudanza, la mudanza misma; despues no he comido; la agitacion de mi ánimo hasta que pude hallar este dominó: luego los peligros á que me he visto espuesta en esta casa, todo, en fin, ha contribuido poderosamente para que mi naturaleza se resienta de este mal.

ALEJ. Pero qué es lo que usted siente?

CANDIDA. Un desvanecimiento... un disgusto general. . el

estómago, la cabeza... en fin, no puedo dar un paso; no puedo, no me determino á salir.

ALEJ. Entonces me parece lo mas acertado buscar un coche de alquiler. Todavía no son las doce; creo que habrá tiempo para todo. La Puerta del Sol no está muy distante, y acaso sea posible hallar un carruaje cualquiera. Tengo llave para abrir la puerta de la calle sin molestar al portero y...

CANDIDA. No has pensado mal. Corre, busca un coche; aqui te espero. Los inquilinos de este cuarto duermen sosegados, y me parece que no pensarán en interrumpir nuestra fuga.

ALEJ. Sí, ya creo que se han tranquilizado. Ya era tiempo. Registraron la casa, nada vieron... Pero no quiero detenerme: parto en busca del carruaje.

CANDIDA. Sí, corre; no te detengas.

ALEJ. Hasta despues, querida tia. (*Registrándose.*) Llevo la llave?... Sí, aqui vá: en el bolsillo la llevo.

ESCENA II.

CÁNDIDA.

Cuánto apuro! Cuánto trastorno! Y afortunadamente mi marido me cree en los bailes de Villahermosa con mi prima; pues de otra manera, cómo podria ponerme en su presencia á horas tan descompasadas? A cuántas cosas me determina el cariño que profeso á este muchacho! No es estraño. Le conocí pequeñuelo, huérfano, sin proteccion de ninguna clase; le puse en el colegio militar, yo he hecho su carrera, le he mirado como á un hijo.. No me pesa nada de cuanto haga por él. Qué mala me siento, Dios mio!

ANTONIO. (*Dentro.*) Que te sufra Barrabás!

BALTAS. (*Dentro.*) Has de oirme, sí: has de oirme aunque no quieras.

CANDIDA. Cielos! El matrimonio vuelve á regañar. (*Se levanta.*)

BALTAS. (*Dentro.*) Pero á dónde vas?

ANTONIO. *(Dentro.)* A los infiernos!

CANDIDA. Creo que se aproximan. Me esconderé antes que me vean. Quiera el cielo que acierte á dar con la guarida. (*Camina á tientas.*) Por aquí, sí; por aquí... ya di con la consola. (*Se esconde y sale Antonio en mangas de camisa con la levita colgada del brazo y una luz en la mano. Baltasara le sigue.*)

ESCENA III.

ANTONIO.—BALTASARA.

BALTAS. Lo digo y lo repito: esa mujer no ha entrado aquí para nada bueno. *(Antonio se pone la levita.)*

ANTONIO. Mira, Baltasara, no puedo soportar por mas tiempo los celos infundados y... ridículos. Hasta que me has hecho estallar no has parado. Me voy á la calle.

BALTAS. Y con quién vas á dormir?

ANTONIO. Con el sereno.

BALTAS. Te prohibo que salgas.

ANTONIO. A dónde está mi sombrero?

BALTAS. Oyes, que no quiero que salgas.

ANTONIO. Pues yo he resuelto salir, y saldré; que no me encuentro en el caso de estar toda la noche oyendo tus necedades.

BALTAS. Necedades? No, hijo mio. Yo no soy nécia. No he nacido ayer.

ANTONIO. Ya sé que tienes...

BALTAS. Vuelta con la fé de bautismo! Nadie te pregunta la edad que tengo.

ANTONIO. Bien, pues déjame en paz.

BALTAS. Qué poco ingenioso es el medio que empleas para evadirte de la cuestion!

ANTONIO. No será el mas ingenioso, pero sí el que produzca mejores resultados.

BALTAS. No hay raciocinio?...

ANTONIO. Raciocinio contigo? No estoy para disputar; por otra parte, es absolutamente imposible que yo

pueda convencerte. Sí, porque sustentas una quimera.

BALTAS. Yo he visto en mi casa una mujer, y segun todas las apariencias, venia en tu busca.

ANTONIO. Otra vez? No sufro mas. (*Se pone el sombrero y quiere irse.*)

BALTAS. (*Sujetándole.*) Pero á dónde vas? Aguarda; no quiero que salgas: hace mucho frio; te puedes constipar.

ANTONIO. Mejor; asi como asi, si permanezco á tu lado creo que me dará una pulmonía. (*Llaman á la puerta de la sala muy quedito.*) Pero quién llama?

BALTAS. Quién? (*Repiten los golpes.*)

ANTONIO. Cielos! Si será la enmascarada?

BALTAS. Luego la esperas? Adelante quien sea. (*Sale el portero.*)

ESCENA IV.

ANTONIO.—BALTASARA.—PORTERO.

ANTONIO. Es el portero.

BALTAS. Qué se le ofrece á usted?

PORTERO. Pero, señor, es posible? Todavía están ustedes riñendo. Y por qué? Todo ello es por una frutesa; vamos al decir.

BALTAS. Y á usted qué le importa?

PORTERO. A mí? Nada.

ANTONIO. Pues escusa usted venir...

PORTERO. Poco á poco, señor don Antonio. Hágame usted el gusto de no sobrepujarse, que cuando yo entro aqui, es porque la vecindad se ha quejado. Por lo demas, aunque me esté mal el decirlo, á mi siempre me ha gustado meterme donde no me llaman.

ANTONIO. (*A Baltasara.*) Lo oyes? La vecindad se ha quejado.

BALTAS. Que se queje, nada me importa.

PORTERO. Mi señora doña Baltasara, permita usted que la diga que habla usted en sentido muy disoluto.

ANTONIO. Sabe usted lo que dice, cristiano?

PORTERO. Sí, señor. Aquí donde usted me vé, es decir, portero de la portería de la puerta de esta casa, tengo una mediana estruccion, y he sido cabo segundo del ejército.

ANTONIO. Bien, pues vaya usted con Dios á su portería y déjenos en paz.

BALTAS. Sí, salga usted pronto de mi sala.

PORTERO. Ya eso es otra cosa : yo siempre soy obediente cuando me despiden con buenos modos. Buenas noches.

ANTONIO. Y yo detrás.

BALTAS. No salgas.

ANTONIO. No quiero mas escándalos. Adios. *(Váse.)*

ESCENA V.

BALTASARA.—*Luego* VENTURA.

BALTAS. Espera, aguarda, Antonio. No me hace caso... y me deja sola. Nunca le he visto tan resuelto. Bueno será cortarle las alas, pues si se acostumbra á estas desobediencias, soy perdida. Llamaremos á Ventura, veremos si á mi sola me revela algo. *(Llamando.)* Ventura! Ventura! *(Sale Ventura.)*

VENT. Señora. *(Se sienta Baltasara.)*

BALTAS. Ven acá... *(Con bondad.)* Acércate.

VENT. Acércome.

BALTAS. Tu amo ha salido á la calle; me hallo sola contigo y... me comprendes?

VENT. (Qué dulzura tan estraña.)

BALTAS. Conque, Venturita, no seas tímido.

VENT. Señora, me habla usted de una manera, que verdaderamente me confunde.

BALTAS. Pues me parece que no doy motivo para que te confundas, y en prueba de ello, ya ves cómo te precedo; ya ves como predispongo tu ánimo para que te resuelvas á hacerme una confesion que deseo, que anhelo... Qué dices?

VENT. Que qué digo?... yo digo... que bien.

BALTAS. Ah! qué bueno eres! La ocasion no puede ser

mas oportuna; mi marido no está en casa... qué respondes?

VENT. Yo?... (*Sonriendo.*) Que bien.

BALLAS. Si no dices otra cosa! Ya sabes que siempre te he distinguido en casa; que he hecho por tí cuanto he podido, y te he dispensado cosas que no te las hubiera dispensado mi esposo. Eso en mi concepto, quiere decir algo. No vaciles, dispuesta me tienes... Qué contestas?

VENT. Yo? (*Riéndose.*) Que bien.

BALTAS. Pues empieza.

VENT. Que empiece?... (*Con gazmoñeria.*) Empiece usted primero.

BALTAS. Hombre, no seas estúpido. Me encuentro en tu caso por ventura? Eso te pertenece á tí.

VENT. En eso tiene usted razon. Y por dónde quiere usted que empiece?

BALTAS. Qué martirio! Debo yo decírtelo? Y despacha que puede venir el amo...

VENT. El amo! Dios mio! Esa palabra me aterroriza. El amo! á quien debo el pan que como. Señora, yo no hago traicion á mi amo.

BALTAS. Bribon, luego eres cómplice en sus infamias? Luego estás en el secreto, y no me lo quieres revelar? Pues si debes el pan á tu amo, tambien me lo debes á mí. Mañana mismo saldrás de mi casa.

VENT. Yo cómplice?... No comprendo... Pero qué es lo que usted solicita de mí?

BALTAS. Que me reveles lo que sepas de esa mujer enmascarada. Que me digas á mí sola, puesto que no está aquí tu amo, lo que ibas á declarar cuando se oyó aquel ruido.

VENT. Ah! Yo habia pensado otra cosa. Ya decia yo...

BALTAS. Pues entonces dí lo que sepas.

VENT. De aquel asunto? Disimule usted, señora. En todo será obedecida menos en eso.

BALTAS. Nada me dices?

VENT. Nada; prefiero que me lleven á la cárcel.

BALTAS. Quítate de mi presencia, infiel criado.

VENT. En eso sí la obedeceré. (*Váse.*)

ESCENA VI.

BALTASARA.—*Luego* ALEJANDRO.

BALTAS. Es inútil insistir. Conozco su carácter y sé que no dirá una palabra aunque le maten. Es muy testarudo. *(Se sienta en la butaca.)* Qué noche! Dios mio, qué noche! Pero es posible que no pueda yo averiguar?... Estoy envuelta en un mar de confusiones, esto es atroz, desesperante. Si sale cierta mi sospecha! si llego á descubrir que mi esposo me hace una villanía!... *(Sale Alejandro.)*

ALEJ. Ya está el coche prevenido.

BALTAS. *(Se levanta.)* Dios mio!

ALEJ. Qué miro?

BALTAS. *(Corriendo.)* Ladrones!

ALEJ. *(Sujetándola.)* Por la Vírgen, señora, no comprometa usted á un desgraciado tránsfuga.

BALTAS. Usted me sujeta? A mí me va á dar un accidente.

ALEJ. No tema usted nada; soy un caballero, y he venido á esta casa para impetrar auxilio y nada mas. Sosiéguese usted. Si usted grita soy perdido.

BALTAS. Si señor, que gritaré; yo á usted no le conozco; y la hora en que entra usted en mi casa... Todo me induce á sospechar.

ALEJ. Si fuesen mis intentos los que usted supone, piensa usted que en lugar de pedir su proteccion no le hubiese puesto un dogal en la garganta para que no gritara? El ladron viene siempre preparado, y ejecuta su designio á todo trance. Repito á usted que soy un caballero, un militar perseguido y víctima del encarzamiento de mis enemigos políticos. Si usted alborota, si usted da lugar á que me prendan, acaso á las veinte y cuatro horas sea pasado por las armas; y no puedo creer que usted sea capaz de contribuir á semejante desgracia.

BALTAS. Pero, es verdad cuanto usted me dice?

ALEJ. Se lo juro á usted por la salvacion de mis padres. No puedo hacer mas; he jurado como buen hijo y como caballero. Ahora disponga usted de mi suerte, lleve usted á cabo su plan si no he tenido la fortuna de vencer su obstinacion con las armas que he empleado para mi defensa.

BALTAS. No, caballero; en todo cuanto me dice usted escucho el acento de la verdad. No gritaré, pero tampoco me encuentro en el caso de concederle la proteccion que solicita de mí.

ALEJ. Cómo! Se negará usted?...

BALTAS. Si en este momento se vé usted perseguido, yo le esconderé á usted, pero por pocos instantes; hasta que tengamos la seguridad de que nadie le sigue, en cuyo caso tendrá usted la bondad de partir y buscar otro refugio donde esté menos comprometido que en mi casa.

ALEJ. De todas maneras es de agradecer. (Estoy por revelárselo todo; pero no sé si mi tia estará aquí ó se habrá marchado.)

BALTAS. Y dónde le escondo á usted?

ALEJ. Usted, mejor que yo puede saberlo.

BALTAS. Le han visto entrar en mi casa? *(Ruido de voces dentro.)* Oigo voces... Alguien llega. Sígame usted y le esconderé en mi alcoba.

ALEJ. Iré dónde usted me lleve. (*Vanse.*)

ESCENA VII.

ANTONIO.—ROSQUETE.—*Luego* BALTASARA.

ANTONIO. (*Que trae á Rosquete cogido del brazo.*) Baltasara, Baltasara! Ya pienso haber dado con el hilo principal de la trama. Baltasara!

ROSQ. Pero no apriete osté tanto, que me duele.

ANTONIO. Bueno, pero responda usted categóricamente á todo cuanto yo le pregunte. *(Sale Baltasara.)* Qué á propósito llegas.

BALTAS. Quién es ese hombre?

ANTONIO. Lo ignoro; pero lo que puedo decirte es que lo he encontrado encaramándose por las ventanas

de nuestra casa, con una escala en la mano que ha tirado no sé dónde.

BALTAS. Qué laberinto, padre mio! Nunca nos hubiéramos mudado á este cuarto.

ANTONIO. Qué hacia usted á esta hora por la calle?

ROSQ. Yo?... y á osté qué le importa?

ANTONIO. Responda usted con ingenuidad.

ROSQ. Con ingenuidad?

ANTONIO. Si señor. Por qué se paseaba usted á estas horas por esta calle?

ROSQ. Toma... me paseaba... porque me daba la gana.

ANTONIO. Con qué intento?

ROSQ. Con el intento de tomar el fresco.

BALTAS. Qué desvergüenza?

ANTONIO. Ese no es modo de contestar, señor mio. Sea usted franco, y le perdonaré.

ROSQ. Y yo qué delito he cometido pa que osté me perdone?

ANTONIO. Para qué se encaramaba usted por los hierros de mis ventanas?

ROSQ. Pa qué?... Toma pa cogé un nío de golondrinas.

ANTONIO. Se está usted burlando de mí?

ROSQ. A osté qué le parese?

ANTONIO. Me parece que esta noche duerme usted en la cárcel.

ROSQ. Too pue se.

BALTAS. Pero responda usted como se debe, cristiano.

ROSQ. (*Con enfado.*) Pues eso es lo que estoy jasiendo!

ANTONIO. Déjalo; la justicia le hará cantar. A ver... dónde está Ventura? Ventura!

BALTAS. Para qué le llamas?

ANTONIO. Para que vaya en busca del comisario y le diga que venga. (*Sale Ventura.*)

ESCENA VIII.

ANTONIO.—BALTASARA.—ROSQUETE.—VENTURA.

VENT. Me llamaba usted, señor?

ANTONIO. Sí, te llamaba... O si no, déjalo; he variado de

parecer, yo mismo iré en persona á buscarle, porque si vas tú solo, no querrá dar crédito á lo que digas, imaginando que será un lance semejante al anterior. Cierra aquella puerta con llave, Ventura. *(Ventura cierra la puerta de la derecha.)* Tú, Baltasara, coge esa luz. *(Baltasara coge la luz.)*

BALTAS. Pero qué vas á hacer?

ANTONIO. A dejar encerrado á este gandul. Y ustedes me esperarán en el recibimiento. Dáme la llave.

VENT. Tómela usted. *(Se la dá.)*

ANTONIO. Has cerrado bien?

VENT. Perfectamente.

ANTONIO. *(A Rosquete.)* Cómo se llama usted?

ROSQ. Pa qué lo quié osté sabé?

ANTONIO. No me dice usted su nombre y su apellido?

ROSQ. Argun dia lo sabrá osté, lo que es ahora no lo igo.

ANTONIO. Haga usted lo que guste. Salgamos. Y la llave de esa otra puerta tambien me la llevo. *(A Rosquete.)* Voy en casa del comisario.

ROSQ. Sí? Dele osté un besito de mi parte.

VENT. Pues el nene no es descarado que digamos.

ANTONIO. Yo le aseguro á usted que dentro de poco no tendrá usted ganas de chanzas. Reflexione usted bien lo que hace. Marchemos. Esta vez no hay escapatoria.

BALTAS. Si acabarán alguna vez todos estos enredos?

ESCENA IX.

ROSQUETE.—*Luego* CÁNDIDA.

ROSQ. Mu bien. Van á casa der comisario. Pues yo voy á la gasapera á disir á mi tiniente que too se lo ha llevao la trampa. Yo que lo tenia too tan bien arreglao, que de too di parte á mi querida Inés. *(Sale Cándida.)* Vamos á ver si damos con el escondi e. *(Caminando á tientas.)*

CANDIDA. Le han dejado á oscuras. Rosquete!

ROSQ. Quién me yama?

ALEJ. *(Dentro.)* Rosquete!

ROSQ. Señó.

CANDIDA. Esa es la voz de Alejandro. Rosquete!

ROSQ. Vamos con tanto Rosquete. A ónde acúo?

CANDIDA. Has hablado con Inés?

ROSQ. He hablado con Inés; pero quién es osté?

CANDIDA. La tia de Alejandro; el ama de Inés.

ROSQ. Osté po aquí tambien, señorita?

ALEJ. *(Dentro.)* Rosquete! No me oyes?

ROSQ. Si señó, pero no le veo. Arrímese osté jásia aquí; déme osté la mano.

ALEJ. Has visto á mi tia?

CANDIDA. Aqui estoy, sobrino.

ROSQ. Pero dónde está osté, mi tiniente?

ALEJ. Me han dejado encerrado.

ROSQ. Entonses difisilmente nos escaparemos. Volvimos á enchironarnos, como disen en mi tierra.

ALEJ. Tia.

CANDIDA. Sobrino. *(Se aproximan á la puerta.)*

ALEJ. Cuánto siento lo que padece usted por causa mia!

CANDIDA. No sientas lo que ha sucedido, sino lo que tiene que suceder todavía. No tengo esperanzas de volver á casa en mucho tiempo. Qué dirá mi esposo!

ALEJ. Se siente usted mejor?

CANDIDA. Sí, un poco mejor me siento. Pero Rosquete, qué hacemos?

ROSQ. Lo que estamos jasiendo. Entrá en la gasapera cuando hay gente; salí de ella cuando no hay naide; golvé á entrá cuando se siente ruio; salí despues; andá á tientas si es de noche, de puntiyas si es de dia; habláse sin verse, y esperá yenos de pasensia una hora venturosa para estos probes encarselaos.

CANDIDA. Pues es preciso salir de aquí.

ROSQ. Lo mesmo digo yo. Por mi parte, buenos puños tengo, y no me costará mucho trabajo derribá esa puerta, y esta...

CANDIDA. Y qué conseguiriamos? Escandalizar y tener precision de pasar por el recibimiento donde está la esposa y el criado de don Antonio.

ROSQ. Eso importaba poco: el asunto era salí de cualquier manera.

CANDIDA. Sí, pero gritarian, vendria gente, conocerian á mi sobrino y le prenderian...

ROSQ. Es verdá, no me acordaba que á mi tiniente le güele la cabesa á plomo. No hay mas que tené resignasion y esperá que una nueva estratagema nos saque de este encarselamiento.

CANDIDA. Siento ruido.

ROSQ. Creo que no se equivoca osté.

CANDIDA. Escóndete, Alejandro, que llegan. *(Rosquete se dirige á la consola.)*

ALEJ. Escóndase usted tambien.

CANDIDA. Rosquete.

ROSQ. Señora.

CANDIDA. Dónde estás? He perdido el tino y no acierto á dar con la consola. *(Anda en direccion opuesta.)*

ROSQ. Por aquí: alijérese osté que llegan. *(Suena la cerradura.)*

CANDIDA. Dios mio, he perdido el tino! Qué apuro!

ROSQ. Que abren; yo me escondo. *(Se esconde.)*

CANDIDA. Espera, aguarda; no me comprometas. Ya no es posible. *(Abren la puerta y Cándida se pone el antifaz. Entran Antonio, Baltasara, Ventura con una luz, Diego, Portero.)*

ESCENA X.

ANTONIO.—BALTASARA.—VENTURA.—DIEGO.—PORTERO.—CÁNDIDA.

ANTONIO. Esta vez no dirá usted que le llamo inútilmente. Aqui tiene usted al... al... al... *(Mirando á Cándida estupefacto.)*

DIEGO. A quién?

ANTONIO. Esta es la enmascarada.

BALTAS. Qué le parece á usted?

VENT. Cuando yo digo que en esta casa habita el diablo?

BALTAS. Qué dices ahora?

ANTONIO. Quién, yo? No digo nada.

DIEGO. Lo ve usted, señor don Antonio? No le dige á usted que sucederia una cosa igual á la anterior? Si tengo un tacto!

ANTONIO. Pues señor, yo he dejado encerrado aquí un hombre, y de apariencia sospechosa. Mi mujer lo ha visto, mi criado, el señor. (*Señala al portero.*)

PORTERO. Sírvase usted ramificar esa preposicion. Yo no era comparecido aquí cuando sucedió ese suceso.

ANTONIO. Tiene usted razon. Usted no estaba... Yo estoy loco. Hay alguien en la alcoba? (*Baltasara registra con la luz.*) Míralo bien, esposa mia.

DIEGO. O ustedes están locos, ó se burlan de mí.

BALTAS. No hay nadie. Pero bueno seria conocer á esta señora puesto que la tenemos en presencia de la autoridad.

CANDIDA. Soy perdida!

DIEGO. Oh! sí; eso es preciso.

ANTONIO. Ventura, hazme un poco de tila, me siento algo malo. (*Le dá la llave, váse Ventura.*)

ESCENA XI.

ANTONIO.—BALTASARA.—DIEGO.—PORTERO.—CANDIDA.

VENT. Voy al momento.

BALTAS. Sí, señora, es preciso que sepamos quién es usted, los derechos que tiene para venir á mi casa á tales horas, y de entrar por partes donde no se la vé.

DIEGO. Es preciso.

PORTERO. Sí, señora, es preciso que usted despoje la incógnita.

DIEGO. Usted se calla la boca.

PORTERO. Obedece al que manda, dice el apostol San Rafael en la sagrada Blibia.

DIEGO. Conque, señora, hágame usted el gusto de quitarse la careta y decirnos á qué ha venido á esta morada.

Aut. BALTAS. Disimule usted, hija mia. Me encuentro en el caso de no poder ser galante. Yo la acompañé á usted hasta la puerta, cuando solicitó mi proteccion. Subi, y reapareció en mi sala; despues desapareció usted otra vez como por encanto;

dejo encerrado aquí á un hombre; vengo, no le veo, y en su lugar me encuentro á usted. Comprenda usted mi posicion, y vea si me hallo autorizado para exigirla que se dé á conocer.

CANDIDA. *(Bajo á Antonio.)* Caballero, el comisario es mi marido: comprenda usted el compromiso en que estoy.

BALTAS. Qué te ha dicho?

ANTÔNIO. Qué?... Nada que... Vamos... yo no puedo consentir que esta señora se quite la careta! yo la protejo.

BALTAS. Cómo!

DIEGO. Qué dice usted?

PORTERO. Qué cosas suceden aqui tan incorrectas.

BALTAS. Conque te declaras protector de esta señora? Eso es que te ha reconvenido por lo que ibas á hacer, y te arrepientes, no quieres ponerla en el caso...

ANTONIO. Baltasara, no me desesperes; no pongas á prueba mi paciencia.

DIEGO. Su esposa de usted no deja de tener razon.

BALTAS. Y tanta razon como tengo.

PORTERO. (Esta señora debe ser de categórica posicion, y por eso no quiere desataparse.)

BALTAS. Y ya que mi señor esposo la protege, yo quiero conocer quién es la protegida, y yo misma la arrancaré la careta. *(Se dirige á Cándida y esta la habla por lo bajo.)*

ANTONIO. (Cielos! la va á comprometer.)

DIEGO. No me opongo, y creo que cumplo con mi deber.

BALTAS. *(Bajo á Cándida.)* De veras?

CANDIDA. *(Bajo á Baltasara.)* Si, señora, y ademas soy tia carnal del desgraciado tránsfuga que tiene usted escondido allá dentro.

DIEGO. Qué hace usted parada, doña Baltasara?

BALTAS. Yo no puedo consentir que esta señora se quite la careta; yo la protejo.

DIEGO. Quiere decir que esta señora no puede estar sin careta delante de nosotros?

PORTERO. Qué cosas suceden aqui tan estrajudiciales!

DIEGO. Pues señor, en este caso, apelando al derecho que la ley me concede, yo seré, es decir, será

mi autoridad la que la obligue á despojarse de su misterioso antifáz.(*Sale Ventura asustado y corriendo.*)

ESCENA XII.

ANTONIO.—BALTASARA.—DIEGO.—CÁNDIDA.—PORTERO.—VENTURA.

VENT. Socorro ! favor !
TODOS. Qué es eso ?
VENT. Yo me voy de esta casa.
DIEGO. Pero, qué sucede ?
VENT. He visto un hombre en la alcoba de la señora.
ANTONIO. Santos cielos ! en la alcoba de mi mujer!
BALTAS. No sospeches nada malo.
ANTONIO. Aparta de aquí! *(Todos hablan á un tiempo. Antonio reconviniendo á Baltasara, esta disculpándose ; Cándida tranquilizando al matrimonio. Ventura diciendo que se va de la casa; el portero logra imponer silencio y dice.)*
PORTERO. Señores, tengan ustedes la bondad de tener una poca de conscupicencia ! *(Comienza de nuevo la algazara.)*
DIEGO. Señores, silencio ! silencio digo, señores ! No oyen ustedes que silencio? Haya respeto á la autoridad ! *(Todos se callan.)*
BALTAS. Señor comisario, soy inocente.
ANTONIO. Dice Ventura que estaba en tu alcoba.
DIEGO. Pasemos á buscarle.
BALTAS. No puede ser ; yo le protejo.
ANTONIO. Cáscaras! Tú le proteges? Yo entraré. *(Baltasara le sujeta y le dice por lo bajo.)*
BALTAS. Es sobrino de la enmascarada, y está perseguido por opiniones políticas.
DIEGO. Vamos , don Antonio ; entremos.
ANTONIO. No puede ser ; yo *(Se interpone.)* le protejo.
DIEGO. Esta es casa de proteccion, por lo que veo.
PORTERO. (*A Ventura.*) Le vió usted la fisonomía?
VENT. Déjeme usted en paz.
DIEGO. La curiosidad por un lado, y por otro mi deber,

me aconsejan que sea yo el que descifre tanto enigma, y en su consecuencia doy principio á mi obra entrando dentro y buscando al encubierto.

ESCENA XIII.

BALTASARA.—DIEGO.—CÁNDIDA.—PORTERO.—VENTURA. ALEJANDRO.

ALEJ. No es necesario que usted se moleste.
DIEGO. Qué veo? Mi sobrino!
VENT. El demonio!
DIEGO. Y quién es esta señora?
CANDIDA. (*Quitándose la careta.*) Tu esposa.
ANTONIO. Todo se comprende ahora.
CANDIDA. Quise esconderle en casa, y cuando nos mudamos estaba ya metido en el escondite, y no le pude salvar, y me fué preciso valerme de este disfraz y otras estratagemas, para sacarle de aquí. Pero todo se ha perdido, él se ha presentado y...
DIEGO. Y yo como autoridad me veo en el caso de prenderle y entregarle como rebelde...
ANTONIO. Es acaso el señor uno de los que se pronunciaron en Cataluña hace poco?
ALEJ. Muy cierto. Mi suerte no es dudosa; y por lo tanto dispuesto estoy á todo y que terminen de una vez los afanes de mi querida tia.
ANTONIO. Sosiéguese usted, caballero; pasado mañana sale en la Gaceta un decreto de indulto para todos los revolucionarios de Cataluña. Me consta; estoy empleado en el ministerio de Estado, y yo mismo he redactado la minuta de ese decreto.
CANDIDA. Será posible?
PORTERO. No hay bien que por mal no venga.
DIEGO. Con que cesaron los compromisos.
CANDIDA. Abrázame. (*Se abrazan.*)
ANTONIO. Pero, á dónde está el escondite?... (*Rosquete asoma la cabeza por detras de la consola y sale. Todos se asustan.*)

ROSQ. Aquí he quedao yo pa desirlo.
ANTONIO. Mi prisionero! Ahora comprendo tanta aparicion y tanta desaparicion.
DIEGO. Y quién es ese hombre?
ROSQ. Yo me llamo Rosquete; bonito nombre, no es verdá? Soy lisensiao y novio de su criada de osté... de Inesiya, y á la que amo pa casarme con eya, se entiende; pero cuando haiga trigo.
ALEJ. Yo me encargo de ese asunto; de alguna manera he de recompensar tus buenos servicios.
CANDIDA. Yo tambien le protejo.
DIEGO. Y yo tambien, puesto que todos esta noche nos hemos dado de ojo para proteger.
VENT. *(A Rosquete.)* Fué usted quizás el que me robó el...
ROSQ. Chipé.
VENT. No señor, no era chipé, era jamon!
ROSQ. Ya me lo jamé.
PORTERO. Buen provecho.
VENT. Pues á usted le eché la culpa.
DIEGO. Señores, es muy tarde y es preciso recogerse.
ANTONIO. Lo mismo digo.
CANDIDA. Todo al fin se ha descifrado.
BALTAS. De lo cual yo me consuelo.
ALEJ. Qué haremos en tal estado!
ROSQ. Qué? dormir.
PORTERO. Muy bien pensado.
Cada olivo á su mochuelo.

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 23 de diciembre de 1852.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Diaz.

Pst! Pst
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buenas ínsulas me an...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, loa.
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente:
Las Jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo
No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

PUNTOS DE VENTA E

3 0112 117471372

Albacete. . .	D. Sebastian Ruiz.
Alcalá. . . .	Eladio Altés.
Alcoy. . . .	Viuda é hijos de Martí.
Algeciras. .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almagro. . .	Antonio Vicente Perez.
Almeriá. . . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera. .	Joaquin Maria Casaus.
Aranda. . .	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Arévalo. . . .	José Espinosa.
Avila.	Pedro Baquero
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz . . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza.	Francisco de P. Torrente.
Barbastro. . .	Mariano Ferraz.
Barcelona . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Berja. . . .	Francisco Asís de Robles.
Bilbao. . . .	Nicolas Delmas.
Borja	Manuel Marco Cadena.
Burgos. . . .	Timoteo Arnaiz.
Cabra. . . .	Manuel Rendon.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Viuda de Moraleda.
Calatayud . .	Bernardino Azpeitia.
Carrion . . .	Luis Agudo Luis.
Cartagena. . .	Juan Maestre.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Viuda de Gallego.
Córdoba . . .	Rafael Arroyo.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Ecija.	Julio de Giuli.
Figueras. . .	José Conte Lacoste.
Gerona. . . .	Francisco Dorca.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . .	José María Zamora.
Guadalajara.	Fermin Sanchez.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Haro. . . .	Pascual de Quintana.
Huelva. . . .	José V. Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen. . . .	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena . . .	Bernardino Guerrero.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Loja. . . .	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo. . . .	Manuel Pujol y Masia.
Lucena . . .	Juan Bautista Cadena.
Málaga . . .	D. Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Mataró. . . .	José Abadal.
Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Mérida. . . .	Manuel de Bartolomé Diez
Mondoñedo. .	Francisco Delgado.
Murcia . . .	José Galan.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Viuda de Ripa.
Paris.	Lassale y Melan.
Plasencia . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Manuel Verea y Vila.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Pedro Moluer.
Rioseco. . . .	Marcelino Tradanos.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Rota. . . .	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca. .	Rafael Hueba.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José Maria del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Manuel Saboie.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	Pedro Basañet.
Santiago. . .	Bernardo Escribano.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona . .	José Pujol.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Tortosa. . .	Crecencio Ferreres.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Manuel Martinez de la Cruz.
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	Felix Mateo
Valls.	Cayetano Badia.
Velez Málaga	Antonio Maria Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José María Chao.
Vill. y Geltrú	Magin Bertran
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Utrera. . . .	Juan de Alba.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Ceno.
Zaragoza . .	Viuda de Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astraréna.